

casa á ese hombre; ¿qué podríamos hacer para salvarle?

—Soy egoísta; voy á arriesgarme mucho, y necesito la seguridad del premio.

—Indicadme vuestras condiciones.

—Una sola: vuestro amor.

—¿Cómo queréis que yo os lo ofrezca si esta es la primera vez que os veo, si no me habeis dejado tiempo para reflexionar?

—Oid el medio que hay para salvar á Alonso Velez. Volved á vuestra casa: yo iré sólo á la ciudad, y como me han encargado que observe vuestro molino, diré que Alonso Velez ha salido esta tarde, y que hasta mañana no volverá. Mientras tanto haceis que lo prepare todo para su marcha, y yo os ofrezco esta noche, á las ánimas, hacer que una persona de toda mi confianza lleve un caballo á la puerta de vuestro molino, para que pueda escaparse en él vuestro protegido por senderos y atajos que el guia que irá á buscarle conoce perfectamente.

Una vez libre vendrán los familiares á buscarle, no le hallarán, y cuando ellos se marchen yo iré á verle.

Celestina aceptó el plan de Isabel, creyendo que la esperanza de su amor le haria cumplir al pié de la letra lo pactado.

Volvió inmediatamente al molino, refirió á Alonso Velez lo que pasaba, y consiguió de él que se dispusiera á partir.

## Capítulo XXXIV.

### Al maestro cuchillada.

Isabel, dispuesta á jugar el todo por el todo, compró un caballo, cambió su traje por el del mozo de mulas, y ocultó debajo de su capotillo una acerada daga.

Como el lector comprende, resolvió desempeñar las funciones de guia y de palafrenero de Alonso Velez.

Este hombre perverso estaba resuelto á partir de todos modos; pero temeroso de la pobreza que le aguardaba en su fuga, pensó, antes de abandonar la casa en donde habia hallado un asilo, cometer un crimen.

Celestina tenia guardados en un arca todos sus ahorros, que representaban una cantidad respetable.

En un momento de expansion habia revelado á Alonso Velez que poseia aquel tesoro.

Desde aquel momento acarició la idea de que pereciese á sus manos, y este infame proyecto llegó á ser en él una resolucion formal desde el instante en que supo que se veia en peligro.

Celestina, que creia en sus falsos halagos, convino con él en que partiria aquella noche.

Ella saldria al dia siguiente con direccion á Santander, en donde le esperaria, y una vez lejos de sus perseguidores, podian vivir de su amor y de la fortuna que la molinera habia reunido.

Alonso aceptó el trato.

A cosa de las seis se sentaron á cenar, y Alonso procuró que se embriagase la molinera.

No pudo conseguirlo, y cuando se levantaron de la mesa faltaba poco para el toque de ánimas, razon por la cual se despidió Alonso de su amada.

—Quiero que lleves algo para el camino,—le dijo ella;—ven, ven y te daré algunas monedas.

Le llevó á su habitacion, abrió el arca, y con el espectáculo del oro se aumentó la codicia del infame.

Instantáneamente cayó sobre ella, y tapándola la boca con un pañuelo, la arrojó en la cama boca abajo, la ató al lecho con una cuerda de cáñamo, y puso sobre ella dos colchones que estaban de repuesto sobre el arca.

Recogió todo el dinero, apagó las luces, y bajó á la puerta á esperar la llegada de la mula.

Isabel no se hizo esperar.

Apenas sonó el toque de ánimas en la catedral, apresuró el paso y llegó al molino.

Dió un golpe en la puerta, é instantáneamente se abrió.

La noche estaba oscura y Alonso no pudo reconocerla.

—¿Estais ya?—dijo Isabel ahuecando la voz.

—Si, vamos cuando gusteis.

Y tomó las riendas de su mula.

—Hacedme un favor,—añadió Alonso.

—¿Qué quereis?

—No sabemos lo que puede pasarnos, y conviene ir armados. Temeroso de infundir sospechas, he dejado en el zaguan, detrás de la puerta, un par de pistolas; pero veo que es mejor que las llevemos con nosotros.

Entrad y cogedlas mientras yo monto.

Isabel, que no llevaba más que una daga, se alegró en extremo de aquella ocasion que le iba á proporcionar un arma más poderosa, más eficaz que la que llevaba consigo.

Cerró, y no bien habia entrado, cuando Alonso Velez cerró la puerta con llave, dejó dentro á Isabel, y montando en su mula, se alejó precipitadamente del molino.

La jóven volvió á la puerta, y al hallarla cerrada comprendió la mala pasada que le habia jugado Alonso Velez.

Forcejeó para ver si podia abrirla, pero sus esfuerzos eran inútiles.

En medio del silencio de la noche, oyó el precipitado ruido de la carrera de la mula, y comprendió que había perdido la ocasión de vengarse.

En aquellas circunstancias, no tenía más remedio que escaparse antes de que la sorprendiera nadie.

Pero ¿cómo encontraba una salida, desconociendo, como desconocía, las habitaciones de la casa?

No tenía más remedio que llamar á Celestina y decirle, que no habiendo encontrado una persona de toda su confianza para poder acompañar á Alonso Velez hasta dejarle en salvo, había ido él mismo.

Optando por este medio, que era el único favorable, anduvo á tientas por la casa, llegó al hogar en donde aún había fuego, vió colgadas en la cocina unas teas de resina, encendió una, registró toda la planta baja de la casa, subió al piso principal y entró en la alcoba de la molinera.

El arca estaba abierta.

Se acercó al lecho y vió con espanto asomar por debajo de los colchones una mano crispada.

Inmediatamente quitó los colchones de la cama y descubrió á la molinera con la mordaza en la boca y atada á la cama.

Al verla retrocedió espantada.

Su situación era más crítica, más lastimosa de lo que pensaba.

Si no encontraba medio de salir de aquella casa, al día siguiente, cuando entrase la justicia á averiguar por qué razón estaba encerrada en casa, la ha-

llarian en ella, y aparecería á los ojos de todo el mundo como el asesino de Celestina.

— Puede ser que aún no haya muerto,—se dijo.

Y venciendo el miedo, tocó su mano.

Estaba helada.

Buscó su pulso.

No halló un solo latido.

No había duda, aquello era un cadáver.

Abrió la ventana de la habitación, midió la altura, y resolvió evadirse por allí.

Desató á Celestina, y sujetando la cuerda á la falleba de la ventana, se descolgó por ella trabajosamente, y comenzó á correr, cuando lanzando de pronto un grito, cayó en tierra herida por una bala.

Poco despues se acercaron á ella dos hombres.

Uno anciano y otro que parecia su criado.

A pesar de la oscuridad de la noche, vió el anciano el anillo que llevaba en el dedo; el anillo que antes de separarse de ella le había dado Américo Vesputio.

Al verle se estremeció.

El criado que registraba la herida:

— Es una mujer,—exclamó.

— Esperad aquí un instante,—dijo el anciano.

Y dirigiéndose á una casa que había á poca distancia, llamó, hizo bajar á la puerta al dueño de ella, que era un pobre tejedor, le habló, puso en sus manos una bolsa llena de oro, y volviendo adonde estaba su criado con el herido, lo trasladaron á aquella casa, en donde le prodigaron toda clase de auxilios,

porque aquella mujer disfrazada de hombre encerraba un enigma para el anciano, y necesitaba á toda costa descifrarle.

El habia sido quien habia disparado la pistola contra ella.

Se dirigia hácia Valladolid y habia visto abrirse la ventana del molino y desprenderse por ella aquel bulto que le pareció un hombre.

Como corrió en seguida, pensó que era un ladrón, y para detenerle y castigarle disparó su arma.

El anillo que habia hallado en sus manos le habia sorprendido en extremo.

El anciano era don Alfonso Orlini.

Aquel anillo era el anillo de boda que habia dado á Esperanza.

Esperanza, á su vez, habia regalado aquella prenda á Américo.

Américo la habia entregado á Isabel para que pudiese sacar á su hija de manos de Aidonza.

¿Cómo estaba en su poder aquella prenda que recordaba á un mismo tiempo al anciano su felicidad y su desgracia?

Necesitaba saberlo, porque precisamente el único deseo que le llevaba á España era encontrar á Américo Vespucio.

La herida de Isabel era bastante grave, y en muchos dias no pudo satisfacer la ansiedad del anciano.

## Capítulo XXXV.

### Arcanos de la Providencia.

A los dos meses de la desaparición del peregrino con la niña que Mauricio y Teresina creían hija de don Alfonso, se vió Marieta acometida de una grave enfermedad.

Los aldeanos vieron en esto un castigo del cielo por haber engañado á don Alfonso.

El pobre anciano creía que aquella era su hija; cuando iba á verla la colmaba de caricias, y para consolar á los padres de la niña robada, les ofreció asegurar su porvenir.

Pero Marieta, á quien llamaba Esperanza entonces, cayó enferma, y la aflicción de Mauricio y Teresina infundió serias sospechas á don Alfonso.

La niña murió, y sus padres, que unían al pesar